

# **Seicho Matsumoto**

## La chica de Kyushu

Traducción del japonés de Marina Bornas

Primera edición, 2017  
Título original: *Kiri no hata*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

KIRI NO HATA by MATSUMOTO Seicho  
Copyright © 1961 MATSUMOTO Yoichi  
All rights reserved.

First Japanese edition published in 1961 by Chuukoron-sha Publishing Co., Tokyo  
Secondly Japanese Edition published in 1972 by Shinchosha Publishing Co., Tokyo  
This Spanish language edition is published by arrangement with  
Shinchosha Publishing Co., Ltd., Tokyo in care of Tuttle-Mori Agency, Inc., Tokyo

© de la traducción, Marina Bornas, 2017  
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: © Erin Nicholls

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.  
Avió Plus Ultra, 23  
08017 Barcelona  
España  
[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17007-04-1  
Depósito legal: B.9.684-2017  
Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.  
Impreso en España - Printed in Spain  
Diseño de colección: Enric Jardí  
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*This book is partially funded by Grant of Books from Japan by Japanese Literature Publishing and Promotion Center.*

La editorial agradece la ayuda a la traducción de la Japan Foundation.



Kiriko Yanagida salió de su *ryokan* en Kanda a las diez de la mañana.

Habría salido antes, pero había oído decir que los abogados de renombre nunca llegaban a sus bufetes a primera hora. Por eso había decidido esperar hasta las diez.

El abogado al que Kiriko había ido a ver expresamente desde Kyushu se llamaba Kinzo Otsuka. Kiriko, una mecanógrafa de veinte años, no tenía por qué saber que Otsuka era el mejor abogado en derecho penal. De hecho, no lo sabía hasta que ocurrieron los hechos que le cambiaron la vida para siempre.

Kiriko había salido dos noches antes de la ciudad de K, en el norte de Kyushu, y había llegado a la estación de Tokio la noche anterior. Había ido directamente a aquella pensión de Kanda porque ya se había alojado en ella con sus compañeros de clase durante un viaje de instituto, y el hecho de conocerla le daba cierta tranquilidad. Además, un establecimiento donde se alojaban grupos de estudiantes no podía ser muy caro.

A pesar de que no lo conocía personalmente, Kiriko afrontaba con optimismo su inminente reunión con

Kinzo Otsuka, pues estaba convencida de que el abogado aceptaría su caso. A fin de cuentas, había hecho un incómodo viaje de veinte horas en tren de vapor desde Kyushu. Aunque fuera un primer encuentro, Otsuka no podría menos que reconocer su determinación.

Se había levantado al amanecer. Su capacidad para despertarse tan temprano después de un viaje de veinte horas en tren no se debía solo a su juventud, sino también a los nervios que la atenazaban.

En la colina donde se encontraba la pensión reinaba tanta tranquilidad por la mañana que no parecía que estuviera en Tokio. Sus sensaciones eran distintas a la última vez porque, en esta ocasión, no compartía habitación con nadie. Justo debajo de la ventana había un colegio de primaria. Cuando se había despertado al amanecer el patio estaba vacío, pero poco a poco iban llegando algunos niños que parecían pequeñas semillas de soja negra. Cuando el alboroto del grupo empezó a ser audible, entró una camarera para arreglar la habitación.

—Buenos días —la saludó la anciana empleada, con una sonrisa que le realzaba las arrugas del contorno de los ojos—. Debe de estar cansada. ¿Por qué no duerme un poco más?

—No tengo más sueño —respondió Kiriko mientras se trasladaba al porche, donde había una silla de mimbre.

—Se nota que es joven. No diría lo mismo si tuviera mi edad...

La noche anterior, Kiriko le había explicado que venía de Kyushu.

La mujer le ofreció té y un platito de ciruelas rojas encurtidas, pequeñas y arrugadas. Kiriko se quedó mirándolas, distraída.

—Me gustaría ir a Kyushu algún día. Beppu tiene que ser muy bonito.

—Así es.

La camarera pasó un trapo blanco por la mesa barnizada con laca granate.

—¿Es la primera vez que viene a Tokio?

Kiriko no le respondió.

—¿Ha venido a hacer turismo?

La mujer había llegado a la conclusión de que una chica joven que se alojaba sola en un *ryokan* no tenía familiares ni conocidos en la capital, así que debía de haber venido por placer o en busca de trabajo.

—No, no he venido por eso —respondió Kiriko, sentándose en la silla de mimbre.

La camarera empezó a repartir las tazas encima de la mesa. Las tazas blancas se reflejaban en la superficie granate. Luego se arrodilló y colocó los platos en el otro lado de la mesa, sin dejar de observar en todo momento a la joven clienta.

Kiriko sacó la libreta donde tenía anotada la dirección del despacho de Kinzo Otsuka.

—Despacho XX, edificio X, anexo M, Marunouchi Ni-chome, distrito de Chiyoda, Tokio —leyó en voz alta, y le preguntó a la camarera si sabía dónde estaba.

—Al lado de la estación de Tokio, enfrente de la salida de Yaesu. —La mujer le explicó cómo llegar en transporte público y luego añadió en tono inquisitivo—: Allí solo hay oficinas, ¿va a visitar a algún conocido?

—Sí, por así decirlo. Tengo que ir al despacho de un abogado.

—¿Un abogado? —exclamó sorprendida la camarera, que había dado por sentado que la joven estaba en To-

kio buscando trabajo—. ¿Por eso ha venido expresamente desde Kyushu?

—Pues sí.

—Ya veo —dijo entonces la camarera, inspeccionándola con la mirada de arriba abajo.

Aquella chica tan joven se encontraba en apuros, pues. La mujer ardía en deseos de satisfacer su curiosidad, pero se reprimió.

—¿Conoce bien la zona? —le preguntó Kiriko.

—Sí, suelo pasar por allí. Es una calle llena de edificios de ladrillo rojo que parecen todos iguales, con placas en los portales que anuncian los nombres de las empresas. ¿Cómo se llama el abogado al que quiere ver?

—Kinzo Otsuka.

—¿Kinzo Otsuka? —exclamó la mujer—. Es muy famoso.

—¿Lo conoce?

—Personalmente no, pero en mi trabajo conoces a toda clase de clientes, y he oído hablar de él. —La mujer esbozó una leve sonrisa—. ¡Vaya! Hay que tener agallas para pedirle una reunión a un abogado tan bueno —añadió a continuación, mirando a Kiriko con respeto—. ¿No hay buenos abogados en su ciudad?

—Sí, por supuesto. —Kiriko bajó la mirada—. Pero he preferido venir a hablar con un buen abogado de Tokio.

—Claro. No encontrará a nadie mejor. —La camarera miró intrigada a aquella joven que había viajado sola a Tokio con semejante propósito—. ¿Es un asunto muy grave? —insistió, con la intención de averiguar más detalles.

—Ajá —respondió Kiriko vagamente, atajando abruptamente cualquier intento de alargar la conversación. Se

levantó de la silla de mimbre y se arrodilló ante las tazas alineadas encima de la mesita. A pesar de que su cara aún conservaba algunos rasgos infantiles, su expresión extraordinariamente fría era como un muro infranqueable para la camarera.

El anexo M del edificio X de Marunouchi estaba situado en una zona de altos edificios de ladrillo rojo que se erigían a ambos lados de la calle, de modo que el transeúnte tenía la sensación de estar paseando por una antigua ciudad extranjera. Parecían las típicas casas de estilo occidental que se ven en los cuadros de finales del siglo XIX. Bajo la intensa luz del sol de principios de verano, muchas de las partes de los edificios quedaban en sombra. Los estrechos portales daban paso a oscuros pasillos. De no haber sido por las brillantes hojas verdes de los árboles que bordeaban la calle, el paisaje habría parecido un triste grabado en una lámina de cobre.

En el portal de cada edificio había una placa cuadrada negra con los nombres de las empresas incrustados en caracteres dorados, que sobresalían con un ligero relieve sobre el fondo oscuro y encajaban a la perfección con el ambiente de la zona. No habría sido extraño ver carruajes tirados por caballos en lugar de coches recorriendo la calle.

Siguiendo las indicaciones de un transeúnte, Kiriko al fin encontró la placa del despacho de Kinzo Otsuka. Había imaginado que, si el famoso abogado era conocido incluso en Kyushu, en Tokio lo conocería todo el mundo. De ahí su sorpresa al ver que a nadie le sonaba su nombre. Las personas a las que había preguntado la-

dearon la cabeza con cara de desconcierto o agitaron la mano con una sonrisa, indicando que tenían prisa.

Al final, después de haber preguntado a cinco personas, un estudiante la acompañó hasta el portal del edificio.

—Es aquí —le indicó señalando la entrada, donde también había una placa negra.

Kiriko se detuvo frente al portal para recuperar el aliento. El objetivo para el cual había estado ahorrando y había viajado veinte horas en un tren de vapor estaba al otro lado de un portal cuadrado y oscuro como la boca de un lobo.

Dos jóvenes salieron del interior del edificio, bajaron con determinación las escaleras de piedra y le lanzaron una breve ojeada a Kiriko. Acto seguido, uno de ellos tiró al suelo la colilla de su cigarrillo y ambos siguieron su camino.

Kinzo Otsuka estaba al fondo de la oficina, hablando con un cliente fastidioso. La oficina estaba dividida por estanterías de libros que hacían la función de paredes. La zona más amplia la ocupaban cinco jóvenes pasantes, un taquígrafo del juzgado que llevaba mucho tiempo allí trabajando de administrativo y las secretarías. Las mesas de los pasantes estaban dispuestas en forma de U, de espaldas al despacho de Otsuka. La mesa del administrativo y las sillas donde se sentaban los clientes que acudían a exponer un caso se encontraban en el mismo espacio.

Aun así, desde su asiento Kinzo Otsuka no veía toda la oficina. Su despacho privado ocupaba el cubículo más

pequeño, y en él solo tenía un amplio escritorio, una silla giratoria grande, una mesa sencilla para reuniones y una silla para recibir a los clientes. Lo más antiguo eran las paredes.

El cliente estaba sentado en la silla y hablaba sin cesar, riéndose de sus propias palabras. Ocupaba un alto cargo en la fiscalía del Estado, así que ni siquiera Otsuka podía librarse de él. El abogado, de cincuenta y dos años, tenía las sienes plateadas, las mejillas coloradas y carnosas y el mentón caído separado en dos mitades, rasgos que reforzaban su aspecto de hombre de mediana edad.

En realidad, Kinzo Otsuka estaba preocupado. A pesar de que pronto estaría listo para sentencia un caso complejo e importante, no había logrado reunir pruebas suficientes. Inmerso como estaba en sus propias cavilaciones, apenas prestaba atención a las historias del fiscal. Aun así, no podía quedar mal con un cargo tan relevante, por lo que asentía de vez en cuando con una sonrisa en los labios.

Mientras las palabras del fiscal le entraban por un oído y le salían por el otro, el abogado se obligaba a sí mismo a no pensar en el trabajo. De repente, se acordó de que Michiko Kono lo había invitado a jugar al golf en Kawana aquella misma tarde, a las dos. Lo había olvidado porque al principio había rechazado la invitación. Era un poco tarde, pero si salía justo en ese momento podría llegar a tiempo. Le pareció un plan excelente, y empezó a consultar el reloj con impaciencia.

El fiscal comprendió que el abogado tenía prisa y al fin se levantó para irse. Aliviado, Otsuka lo acompañó hasta la puerta. Entonces advirtió que su administra-

tivo, Okumura, estaba hablando con una chica joven sentada en una silla delante de su mesa. Llevaba un traje blanco que llamaba la atención en aquella oficina.

Solo quedaban dos pasantes, ambos sentados de espaldas y enfrascados en gruesos fajos de documentos extendidos sobre sus mesas. Cuando Otsuka se disponía a regresar a su despacho, Okumura se volvió hacia él.

«No vengas», deseaba Otsuka en su fuero interno mientras empezaba a despejar la mesa de papeles. Pero Okumura entró despacio en su despacho.

—Ha venido a verte una clienta —anunció el administrativo, observando cómo el abogado metía varios fajos de documentos en su maletín negro.

—Ajá.

Debía de ser la joven del traje blanco que había visto sentada fuera.

—¿Le digo que pase? —preguntó Okumura.

—¿No puede atenderla nadie más? —preguntó Otsuka a su vez mientras cerraba con llave el maletín atestado de papeles.

—Tres de los pasantes han salido, y los otros dos están ocupados.

Otsuka tenía por principio entrevistarse con sus clientes personalmente, salvo cuando estaba ocupado. Entonces, alguno de sus pasantes se encargaba de tomar nota de los detalles de cada caso. En aquella ocasión, le correspondía a él atender a la muchacha.

—¿De qué se trata? —preguntó, mirando a Okumura.

—¿No ibas a salir? —dijo Okumura en tono de reproche, al ver que Otsuka se disponía a irse.

—No, puedo quedarme un rato más.

Otsuka, que se sentía un poco culpable por abando-

nar la oficina para ir a jugar al golf con una mujer, se encendió un cigarrillo.

—Es un caso de homicidio. La señorita es la hermana del acusado —resumió Okumura mientras leía con indiferencia las anotaciones que había hecho en una libreta.

—¿Dónde ocurrió? —quiso saber el abogado, rebuscando mentalmente en la hemeroteca de su memoria.

—En la ciudad de K, en Kyushu.

—¿Kyushu? —exclamó Otsuka, mirando fijamente a Okumura—. Eso está muy lejos.

—Dice que ha venido expresamente para pedirte ayuda.

El abogado tiró la ceniza del cigarrillo y se masajeó la nuca con los dedos de una mano. Tenía clientes que acudían de todas partes a solicitar sus servicios, pero Kyushu estaba muy lejos.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Te refieres a si voy a entrevistarme con ella?

—No, no es eso. —Okumura inclinó su delgado tronco hacia Otsuka y le susurró—: Se ve que no tiene dinero.

El abogado no respondió.

—Se llama Kiriko Yanagida y trabaja de mecanógrafa en una pequeña empresa de la ciudad de K. Su hermano mayor, que está detenido como sospechoso de un crimen, es maestro. Viven los dos juntos, solos. Tienen un tío, pero no les puede ayudar económicamente.

—¿Y le has hablado de nuestra tarifa estándar?

Kinzo Otsuka dejó de masajearse la nuca y empezó a tamborilear con los dedos en el borde de la mesa. Ante sus ojos apareció la silueta de Michiko Kono blandiendo un palo de golf en una verde pendiente bajo un sol espléndido. A su lado había otros hombres que hablaban con ella y la hacían reír.

—Sí, se lo he comentado. Le he dicho que habría que calcular el coste de los desplazamientos en avión hasta Kyushu, además del alojamiento en un buen *ryokan*, los gastos derivados de la investigación y las fotocopias, todo esto en cuanto a material y logística. Aparte, habría que añadir los honorarios de la primera instancia de un caso penal en un juzgado local, que en nuestro caso ascenderían a más de quinientos mil yenes. También le he dicho que, cuando trabajamos fuera de Tokio, aparte de los gastos del viaje cargamos un suplemento diario de ocho mil yenes. Y, si ganamos el caso, esperamos una compensación económica, naturalmente.

Otsuka dio una calada al cigarrillo.

—Se ha quedado bastante sorprendida. Me ha preguntado a cuánto ascendería la factura total y le he dicho que dependía de cada caso en particular, pero que la primera parte del procedimiento, excluyendo provisionalmente los gastos de segundas o terceras instancias e incluyendo el coste del viaje a Kyushu, saldría por unos ochocientos mil yenes. Según mis cálculos aproximados, por supuesto. Y le he comentado también que los honorarios se cobran por adelantado en el momento de aceptar el caso. Ella se ha quedado cabizbaja, pensativa y silenciosa, y luego me ha respondido que no tiene tanto dinero y me ha pedido un descuento del treinta por ciento. Es joven, pero tiene las ideas claras.

—¿El treinta por ciento? —repitió Otsuka, esbozando una amarga sonrisa.

—Y, por si fuera poco, nos pide también que aceptemos solo la mitad del anticipo de los honorarios. Dice que, al fin y al cabo, ha venido expresamente desde Kyushu, y quiere suplicarte que aceptes el caso.

—No ganaremos nada con este caso, ¿verdad? —dijo Otsuka, hablando por experiencia.

—Ni un céntimo —le confirmó el administrativo, que también sabía de lo que hablaba—. Parece un caso interesante, eso sí. Tú decides si quieres aceptarlo, aunque sea perdiendo dinero.

—La gente viene a verme sin saber cuánto dinero les cobraré. Vienen porque han oído hablar de mí, pero no saben nada más.

—¿Vas a rechazar el caso, entonces? —preguntó Okumura—. Hay trabajo suficiente, no tienes ninguna necesidad de meterte en algo así.

—Antes quizá lo habría aceptado. Pero ahora estoy demasiado ocupado, y ya no tengo entusiasmo suficiente para encargarme de un caso con el que sé que voy a perder dinero. Supongo que debería decirle que no.

Otsuka consultó su reloj de pulsera.

—Entonces le diré que se vaya.

—Un momento. Ya que ha venido expresamente desde Kyushu, se lo diré yo mismo. Dile que pase.

Okumura salió del despacho e hizo entrar a la chica joven del traje blanco, la misma que Kinzo Otsuka había visto antes de reojo. De cerca, se notaba que el traje era de confección barata.

Al ver a Otsuka, la joven le dedicó una educada reverencia. Tenía la cara estrecha y las facciones bien definidas. Su mirada era directa e intensa, y a Otsuka le dio la impresión de que sus ojos se clavaban en él.

—Así que ha venido de Kyushu, ¿no es así? —le preguntó, sonriente.

—Sí, de la ciudad de K. Me llamo Kiriko Yanagida.

La joven hablaba con claridad, aguantándole firme-

mente la mirada. El contorno de su rostro, desde las mejillas hasta el mentón, tenía una forma todavía infantil.

—¿Y qué motivo la ha traído hasta mi despacho?

—He oído decir que es usted uno de los mejores abogados de Japón —respondió ella sin vacilar.

—En Kyushu también hay buenos profesionales —objetó Kinzo Otsuka, llevándose un cigarrillo a los labios—. No debería haberse tomado la molestia de venir hasta Tokio.

—Creo que usted es el único que puede salvar a mi hermano —alegó ella, utilizando palabras directas que denotaban su extrema juventud. Su penetrante mirada se clavó en Kinzo Otsuka.

—¡Caramba! ¿Tan complicado es el caso?

—Mi hermano ha sido acusado de robo y homicidio. La víctima es una mujer de sesenta y cinco años. Cuando la policía lo detuvo, confesó, pero...

—¿Su hermano confesó?

—Sí, confesó ante la policía. Pero luego, ante el fiscal, se echó atrás y retiró la confesión. Yo estoy convencida de su inocencia, por supuesto, y creo que lo que declaró ante el fiscal es la versión real de los hechos, pero el abogado de Kyushu que se encarga de su defensa opina que eso no es más que un pequeño detalle, y que sería muy difícil demostrar su inocencia. A mí no me convencen sus explicaciones. Entonces me hablaron de usted y decidí venir.

—¿Dónde oyó mi nombre?

—En el tribunal local de Kyushu. Me dijeron que, de vez en cuando, ayudaba a las personas acusadas injustamente en casos parecidos.